

# PRENSA UNDERGROUND



**A**CTUALMENTE se editan en los Estados Unidos de trescientos a trescientos cincuenta periódicos «underground». En casi todas las grandes ciudades hay uno. Sin embargo, su difusión es escasa. Su radicalización política, su libertad y parcialidad en cuanto al sexo y su burla y desdén por todo lo que el americano medio considera sagrado, han hecho que este tipo de prensa sea rechazada por las llamadas gentes de bien, y perseguida, según dicen, con especial ahínco por la policía.

Voces prudentes señalan que «underground» es un término usado abusivamente. En América, dicen, los únicos verdaderamente «underground» son los «Panteras Negras», que se juegan el pellejo en cuanto salen a la luz del sol. Lo demás es un juego. Un periódico que se puede comprar en los quioscos sólo puede autotitularse «underground» por snobismo.

Esta prensa «underground» está formada por

la llamada prensa libre, intelectual, muy politizada y hecha muchas veces por universitarios, y por los Comix (con x al final), de los que hablaremos más tarde.

Recientemente, la revista «Avant-Garde» ha preguntado a unos cuantos editores y directores de periódicos «underground» sobre las dificultades que encuentran para editar sus publicaciones. Las respuestas son desalentadoras.

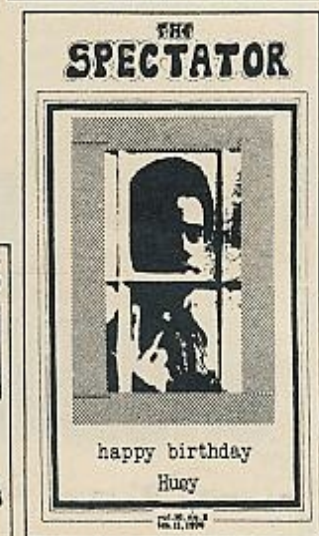
«La gente de Nueva York y de otros centros urbanos —ha dicho uno de ellos— tienen una idea equivocada sobre la libertad de prensa en este país. En gran parte de los Estados Unidos es difícil editar un periódico radical. Los grandes propietarios, los intereses creados, la misma policía hacen todo lo posible para impedirlo. Los impresores no se atreven a imprimir nuestros periódicos por temor a las represalias de los demás clientes. Apenas tenemos anunciantes y la distribución es casi

imposible. Coaccionan a los distribuidores para que no trabajen con nosotros, y se ha llegado a colocar bombas en algunos quioscos porque vendían nuestros periódicos».

«Open City», de Los Angeles, y «Washington Free Press», de Washington, han sido puestos fuera de circulación. A muchos otros se les está preparando el mismo camino. Por los medios que sean. El director de la revista «Space City», de Houston (Texas), lo ha dicho claramente: «Primero acuchillaron las ruedas de nuestros coches, después los incendiaron, más tarde nos pusieron una bomba en la Redacción, hace poco han herido a uno de nuestros redactores. La policía no ha hecho nada por detener a los autores de las agresiones. Ahora tenemos día y noche en el periódico nuestra propia guardia armada».

Generalmente, las medidas legales que se ejercitan contra estos periódicos suelen venir

Un periódico que se puede comprar en los quioscos sólo puede auto titularse "underground" por "snobismo".



de acusaciones de obscenidad. Ellos niegan estas acusaciones. Insisten en declarar que lo de la obscenidad de sus revistas es una simple excusa que oculta motivaciones políticas. El director de la revista «Daily Planet», de Miami, es terminante: «Todo es una cuestión política —ha contestado a la encuesta—. Nosotros, al principio, sólo éramos un centro de comunicaciones intelectuales. Cuando trajimos al poeta Allen Ginsberg para dar un recital a nuestro beneficio, el acto fue suspendido a los quince minutos de comenzado, porque Ginsberg dijo algo así como que la policía de Praga estaba tan corrompida como la de Miami. La idea de que existan grupos conscientes inquieta en Miami, porque Miami es la misma super-super corrupción política y policiaca. El pensamiento político de los líderes de Miami es el más reaccionario de todos los Estados del Sur. Molestamos porque simplemente decimos la

verdad de las cosas. Y la verdad es algo que no conviene que se sepa por estos lugares».

Los artículos de las revistas «underground» escuecen por su atrevimiento. El «San Diego Street Journal» empezó a publicar una serie de artículos sobre los grandes propietarios de la ciudad. Después de publicar el primer artículo, donde se analizaba la fortuna de uno de ellos que había contribuido con cinco millones de dólares a la campaña electoral de Nixon y que llevaba doce años sin declarar beneficios en ninguna de sus compañías, empezaron las represalias contra ellos. Han registrado sus casas y se les ha arrestado veintidós veces por motivos triviales y sin ningún procedimiento legal. No pueden encontrar locales para sus oficinas, y tienen que imprimir su periódico lejos de la ciudad, en lugares secretos.

La prensa «underground», desde luego que no se muerde la lengua. El «Good Times», de

San Francisco, tiene una sección dedicada exclusivamente a vigilar las andanzas de la policía, y en «Los Angeles Free Press» se publicó recientemente una lista con los nombres, domicilios y números de teléfonos de ochenta agentes de la brigada especial de policía contra narcóticos. El periódico ha sido procesado y el Estado les pide diez millones de dólares de indemnización por obstrucción de la labor de la justicia. Uno de los policías pide quince millones de dólares más por intromisión en su vida privada. El director de la revista se justifica diciendo que la lista de los agentes les llegó en un documento sellado que procedía del Estado de California, sin que se dijese que era confidencial o tuviera orden expresa prohibiendo su publicación. Y añade, no sin ironía: «Yo creí que hacía un bien a la comunidad enseñando a la gente dónde puede encontrar rápidamente un policía entre sus vecinos en caso de una necesidad urgente».



Los dibujantes de los Comix cultivan un feísmo que no se sabe si es voluntario o si es simplemente una prueba de incapacidad.

Muchos de los redactores de los periódicos «underground» son veteranos de la guerra de Vietnam, donde se politizaron con la realidad de la guerra imperialista. Ahora siguen luchando con otras armas en distintos bandos y frentes de batalla.

Mucho menos politizados que la prensa libre son los Comix, incluidos también en el grupo de «underground». Los Comix nacieron en 1968, y la prohibición del primero de ellos —«Snatch»— los lanzó comercialmente con la fuerza de una campaña publicitaria de gran estilo. «Snatch» fue un «best-seller» gracias al fiscal que ordenó su retirada de los quioscos. Los ejemplares de «Snatch» se vendían clandestinamente, como la marihuana. Tener unos ejemplares de «Snatch» era una señal de distinción. Fue la época en que era realmente un periódico «underground». Actualmente puede comprarse en algunas librerías con la advertencia de que son publicaciones sólo para adultos.

El Comix ha nacido, según confiesan sus autores, para detener la acción perniciosa de los demás tebeos americanos, con sus valientes soldados matadores de vietnamitas, sus infantiles superhombres neuróticos perdidos y toda la gama de publicaciones infantiles que solamente sirven para afirmar valores, mitos y comportamientos que apoyan a las estructuras en el poder. Se llaman a sí mismo obscenos, pero limpios, puros y sencillos.

«Es cierto que «Snatch» es decadente —ha confesado uno de sus colaboradores—, pero ¡echen ustedes una ojeada a su alrededor! Vivimos en la antigua Roma. Sale usted a la calle y no ve más que porquería y corrupción. El espectáculo de esos gordinflones, colorados y grasientos hombres de negocios ensuciándolo todo con su babeante presencia y la de las abundantes y movedizas carnes de sus amigas es todo un síntoma. Nosotros no hace-

mos sino mostrar la realidad, aunque llevando las cosas un poco más lejos».

Hace poco, un testigo de uno de los últimos procesos que han tenido, al ser preguntado sobre si encontraba obscena la revista, declaró que no, que sólo la encontraba fea.

Quizá tenga razón. Los dibujantes de los Comix cultivan un feísmo que no se sabe si es voluntario o es simplemente una prueba de incapacidad. Sus apologistas insisten en aclarar que los que hacen los Comix no son artistas, sino humoristas. Su grafismo candoroso —se les ha comparado con los pintores primitivos americanos— hace que toda la pornografía, la escatología y demás «ias» de lo marrón y de lo verde que adornan sus páginas parezcan cosas ingenuas y delicadas.

Es decir, como decía mi tía Consuelo: «Vivir para ver». ■ CHUMY-CHUMÉZ. San Francisco, 1970.